

EPISTOLAS FILOSOFICAS.

1.^a*A un Ministro; sobre la utilidad de la historia.*

Ya el invierno de nubes coronado
 detuvo en hielos su corriente al rio:

brama el Boreas. Felices
 campos, adios, y tú, valle sombrío
 á los placeres del amor sagrado,
 Venus hoy te abandona y los Amores,
 y el sol cercano al Capricornio frio,
 de la noche los términos dilata.

No toleremos, no, que voladora
 asi pase la edad, si los mejores
 instantes que arrebatá,
 negamos del estudio á las tareas.

Por él mi dulce amigo,
 la razon conducida,
 recibe del saber altas ideas.
 En la carrera incierta de la vida
 dirigir puede al hombre, y enemigo
 del ocio torpe y la ignorancia oscura,
 ó le presta consuelo

[LXVIII]

en la adversa ocasion, ó le asegura
el favor de la suerte:

justa obediencia y justo imperio enseña.

Si á tí benigno el cielo

miró al nacer, y hoy colma de favores;

pues no á las letras proteger desdeña

tu mano generosa,

ellas su auxilio deben ofrecerte.

Que no siempre de flores

la senda peligrosa

de la fortuna encontrarás cubierta;

ni el timon abandona el marinero,

por mas que el viento igual, propicio espire.

Docta la historia, ejemplo verdadero

á tu razon presente,

de lo que habrá de ser, en lo que ha sido.

Mira en ella los pueblos mas famosos

que redimen sus fastos del olvido,

si políticos ya, si belicosos,

á tanta gloria, á tal poder llegaron;

si en ellos se admiraron

justicia, humanidad, costumbres puras,

si fué de la virtud asilo el trono;

si la ignorancia, las venganzas duras,

el ocio corruptor, el abandono,

dieron causa á su estrago.

[LXIX]

Ya no existís, naciones poderosas,
 vuestra gloria acabó. Tiro opulenta,
 Persépolis, y tú, fiero Cartago,
 enemiga del pueblo de Quirino,
 ya no existís. Dudoso el caminante
 en hórrido desierto
 os busca, y el bramido
 de las fieras le aparta. La corriente
 sigue al Eufrates que tronandó suena,
 y el lugar desconoce
 donde la Asyria Babilonia estuvo
 que al héroe Macedon miró triunfante.
 Hoy cenagosos lagos, corrompido
 vapor, caliente arena,
 áspera selva, inculta, engendradora
 de monstruos ponzoñosos
 encuentra solo; y la ciudad que pudo
 del vencedor romano
 el yugo sacudir, Palmira ilustre
 yace desierta ahora.
 Sus arcos y obeliscos suntuosos
 montes son ya de trastornadas piedras,
 sus muros son rüinas.
 Hundió del tiempo la invisible mano
 entre arbustos estériles y hiedras,
 los pórticos del foro
 en columnas de Paro sostenidos,

basas robustas y techumbres de oro
 donde el arte expresó formas divinas.....
 ;Memorias de dolor! Allí apacienta
 su ganado el zagal, y absorto admira
 como repite el eco sus acentos,
 por las concavidades retumbando.

De tal desolacion la causa mira,
 no tanto en los opuestos elementos
 embravecidos, cuando
 al austro oscuro el Aquilon compite,
 y Jove en alto carro conducido
 fulmina á los alcázares centellas:
 ó cuando en las cavernas oprimido
 del centro de la tierra, el fuego brama
 con rumor espantoso,
 y en su reventacion muda los montes,
 ciudades arrüina,
 hierve el mar proceloso,
 y arde en sus ondas la violenta llama.
 Que el hombre, el hombre mismo,
 si á la maldad declina;
 desconociendo términos, excede
 á las iras del cielo y del abismo.

Triunfó insolente la impiedad, faltaron
 las leyes, el pudor, y los robustos

imperios de la tierra

debilitó cobarde tiranía:

las delicias funestas enervaron

el amor de la patria, el ardimiento,

la disciplina militar, y el día

llegó terrible de discordia y guerra,

que al orgullo mortal previno el hado,

para ejemplo á los siglos espantoso.

Y como desatado

suele el torrente de la yerta cumbre

bajar al valle, y resonando lleva,

roto el márgen con ímpetu violento,

árboles, chozas, y peñascos duros,

rápido quebrantando y espumoso

de los puentes la grave pesadumbre,

y la riqueza de los campos quita,

y soberbio en el mar se precipita;

así, bárbaras gentes, descendiendo

del Norte helado en multitud inmensa

contra la invicta Roma, estrago horrendo,

muerte y esclavitud la destinaron;

y al orbe que oprimió dieron venganza.

Así, en edad distinta,

osado el Trace, sin hallar defensa,

excediendo el suceso á la esperanza,

trastornó los imperios del oriente,

el trono de los Césares, la augusta

ciudad de Constantino.

Grecia humilló su frente:

el Araxes y el Tigris proceloso,

con el Jordan divino

que al mar niega el tributo,

las Arabias, y Egipto fabuloso,

en servidumbre dura

cayeron y opresion. Gimió vencida

la tierra, que llenó de espanto y luto

de sus vagos ejércitos impíos

la furia poderosa.

Mas como suele en los despojos frios

que al sepulcro voraz lleva la muerte,

buscar alivios á la frágil vida

la física estudiosa;

tú así, en la edad pasada examinando

de tantos pueblos la voluble suerte;

las causas de su gloria y su rüina;

propio escarmiento harás la culpa agena,

experiencia el aviso,

y natural talento la doctrina.

Verás entonces que el que sabe impera,

y en medio de las dichas preparando

el ánimo robusto

contra la adversidad, ó la modera,

ó la resiste intrépido. Que el mando

[LXXIII]

es delicioso; si templado y justo

la union social mantiene,

los intereses públicos procura,

la ley se cumple, y ceden las pasiones.

Que el poder, no en violencia se asegura,

ni el horror del suplicio le sostiene,

ni armados escuadrones;

pues donde amor faltó, la fuerza es vana.

Tú lo sabes, Señor, y en tus acciones

ejemplo das. Tú la virtud oscura,

Tú la inocencia amparas. Si olvidado

el mérito se vió, tú le coronas:

las letras á tu sombra florecieron,

el zelo aplaudes, el error perdonas,

y el premio á tus aciertos recibiste

en placer interior que el alma siente.

¡Oh! pues tan altos dones mereciste

al Númen bienhechor, que generoso

igualó con tus prendas la fortuna;

roba instantes al tiempo presuroso,

ilustrando la mente

con nuevas luces, si te falta alguna.

A D. Gaspar de Jovellanos.

Sí, la pura amistad, que en dulce nudo
nuestras almas unió, durable existe,
Jovino ilustre; y ni la ausencia larga,
ni la distancia, ni interpuestos montes,
y proceloso mar que suena ronco,
de mi memoria apartarán tu idea.

Duro silencio á mi cariño impuso
el son de Marte, que suspende ahora
la paz, la dulce paz. Sé que en oscura,
deliciosa quietud, contento vives:
siempre animado de incansable zelo
por el público bien, de las virtudes
y del talento protector y amigo.

Estos que formo de primor desnudos,
no castigados de tu docta lima,
fáciles versos, la verdad te anuncien
de mi constante fe; y el cielo en tanto
vúelvame presto la ocasion de verte,
y renovar en familiar discurso
cuanto á mi vista presentó del orbe

la varia scena. De mi patria orilla,
 á las que el Sena turbulento baña
 teñido en sangre; del audaz britano
 dueño del mar, al aterido belga;
 del Rhin profundo, á las nevadas cumbres
 del Apenino, y la que en humo ardiente
 cubre y ceniza, á Nápoles canora;
 pueblos, naciones visité distintas,
 útil ciencia adquirí, que nunca enseña
 docta leccion en retirada estancia;
 que allí no ves la diferencia suma
 que el clima, el culto, la opinion, las artes,
 las leyes causan. Hallarásla solo,
 si al hombre estudias en el hombre mismo.

Ya el crudo invierno que aumentó las ondas
 del Tibre, en sus orillas me detiene,
 de Roma habitador. ¡Fuésemme dado
 vagar por ella, y de su gloria antigua,
 contigo examinar los admirables
 restos que el tiempo, á cuya fuerza nada
 resiste, quiso perdonar! Alumno
 tú de las Musas y las artes bellas,
 oráculo veraz de la alma historia;
 ¡cuánta doctrina al afluyente labio
 dieras, y cuántas, inflamado el númen,
 imágenes sublimes hallarias

en los destrozos del mayor imperio!
Cayó la gran Ciudad que las naciones
mas belicosas dominó, y con ella
acabó el nombre y el valor latino;
y la que osada, desde el Nilo al Betis,
sus águilas llevó, prole de Marte,
adornando de bárbaros trofeos
el Capitolio, conduciendo atados
al carro de marfil reyes adustos,
entre el sonido de torcidas trompas
y el ronco aplauso de los anchos foros,
la que dió leyes á la tierra; horrible
noche la cubre, pereció. Ya solo
estos desmoronados edificios,
informes masas que el arado rompe,
circos un tiempo, alcázares, teatros,
termas, soberbios arcos y sepulcros,
donde (fama es comun) tal vez se escucha
en el silencio de la sombra triste
lamento funeral, la gloria acuerdan
del pueblo ilustre de Quirino, y solo
esto conserva á las futuras gentes,
la señora del mundo, ínclita Roma.
¿ Esto y no mas, de su poder temido,
de sus artes quedó? ¿ Que no pudieron
ni su virtud, ni su saber, ni unida
tanta opulencia, mitigar del hado

[LXXVII]

la ley tremenda ó dilatar el golpe!

¡Ay! si todo es mortal, si al tiempo ceden

como la debil flor los fuertes muros,

si los bronce y pórfidos quebranta,

y los destruye y los sepulta en polvo;

¿para quién guarda su tesoro intacto

el avaro infeliz? ¿á quién promete

nombre inmortal la adulacion traidora,

que la violencia ensalza y los delitos?

¿Por qué á la tumba presurosa corre

la humana estirpe, vengativa, airada,

envidiosa..... ¿De qué? si cuanto existe,

y cuanto el hombre ve, todo es ruinas.

Todo: que á no volver huyen las horas

precipitadas, y á su fin conducen

de los altos imperios de la tierra

el caduco esplendor. Solo el oculto

númen, que anima el universo, eterno

vive, y él solo es poderoso y grande.

*A D. Simon Rodriguez Laso, Rector del Colegio
de S. Clemente de Bolonia.*

Laso, el instante que llamamos vida,
¿ es poco breve, dí, que el hombre deba
su fin apresurar? O los que al mundo
naturaleza dió males crueles,
¿ tan pocos fueron, que el error disculpe
con que aspiramos á crecer la suma?

Ves afanarse en modos mil, buscando
riquezas, fama, autoridad y honores,
la humana multitud ciega y perdida?
Oye el lamento universal. Ninguno
verás que á la deidad con atrevidos
votos no canse, y otra suerte envidie.
Todos, desde la choza mal cubierta
de rudos troncos al robusto alcázar
de los Monarcas donde truena el bronce,
infelices se llaman. ¡Ay! y acaso
todos lo son: que de un afecto en otro,
de una esperanza, y otra, y mil, creídos;
hallan, huyendo el bien, fatiga y muerte.
Así buscando el navegante asturo

la playa austral, que en vano solicita,
 si ve, muriendo el sol, nube distante,
 allá dirige las hinchadas lonas.
 Su error conoce al fin; pero distingue
 monte de hielo entre la niebla oscura,
 y á esperar vuelve, y otra vez se engaña:
 hasta que horrible tempestad le cerca,
 braman las hondas, y Aquilon sañudo
 el frágil leño en remolinos hunde,
 ó yerto escollo de coral le rompe.

La paz del corazon, única y sola
 delicia del mortal, no la consigue
 sin que el furor de su ambicion reprima,
 sin que del vicio la coyunda logre
 intrépido romper. Ni hallarle espere
 en la estrechez de sórdida pobreza,
 que las pálidas fiebres acompañan,
 la desesperacion y los delitos;
 ni los metales, que á mi Rey tributa
 Lima opulenta, poseyendo. El vulgo
 vano, sin luz, de la fortuna adora
 el ídolo engañoso, la prudente
 moderacion es la virtud del sabio.

Feliz aquel que en aurea medianía
 ambos extremos evitando, abraza

ignorada quietud. Ni el bien ageno
 su paz turbó, ni de insolente orgullo
 las iras teme, ni el favor procura:
 suena en su labio la verdad, detesta
 al vicio, aunque del orbe el cetro empuñe
 y envilecida multitud le adore:
 libre, inocente, oscuro, alegre vive;
 á nadie superior, de nadie esclavo.
 ¿Pero cuál frenesí la frente ocupa
 del hombre, y llena su existencia breve
 de angustias y dolor? Tú, si en las horas
 de largo estudio el corazón humano
 supiste conocer, ó en los famosos
 palacios, donde la opulencia habita,
 la astucia y corrupcion; ¿hallaste alguno
 de los que el aura del favor sustenta,
 y martiriza áspera sed de imperio,
 que un placer guste, que una vez descanse?
 ¿Y cómo burla su esperanza, y postra
 la suerte su ambicion! Los sube en alto,
 para que al suelo con mayor rüina
 se precipiten. Como en noche oscura
 centella artificial los ayres rompe:
 la plebe admira el esplendor mentido
 de su rápida luz; retumba, y muere.

¿Ves adornado con diamantes y oro,

de vestiduras séricas cubierto
 y púrpuras del sur, que arrastra y pisa,
 al poderoso audaz? ¿La numerosa
 turba no ves que le saluda humilde,
 ocupando los pórticos sonoros
 de la fábrica inmensa, que olvidado
 de morir, ya decrepito, levanta?
 ¡Ay! no le envidies: que en su pecho anídan
 tristes afañes. La brillante pompa,
 esclavitud magnífica, los humos
 de adulacion servil, las militares
 puntas que en torno á defenderle asisten,
 ni los tesoros que avariento oculta,
 ni cien provincias á su ley sujetas
 alivio le darán. Y en vano el sueño
 invoca en pavorosa y luenga noche;
 busca reposo en vano, y por las altas
 bóvedas de marfil vuela el suspiro.

¡Oh! tú del Arlas vagoroso, humilde
 orilla, rica de la mies de Ceres,
 de pámpanos y olivos! Verde prado
 que pasta mudo el ganadillo errante,
 áspero monte, opaca selva y fria:
 ¿Cuándo será que habitador dichoso
 de cómodo, rural, pequeño albergue,
 templo de la Amistad y de las Musas,

[LXXXII]

al cielo grato y á los hombres, vea
 en deliciosa paz los años míos
 volar fugaces? Parca mesa, ameno
 jardín, de frutos abundante y flores,
 que yo cultivaré, sonoras aguas
 que de la altura al valle se deslicen,
 y lentas formen trasparente lago
 á los cisnes de Venus, escondida
 gruta de musgo y de laurel cubierta,
 aves canoras, revolando alegres,
 y libres como yo, rumor suave
 que en torno zumbe del panal hibleo,
 y leves auras espirando olores;
 esto á mi corazon le basta..... Y cuando
 llegue el silencio de la noche eterna,
 descansaré, sombra feliz, si algunas
 lágrimas tristes mi sepulcro bañan.

EPISTOLAS SATIRICAS.

I.^a*El Filosofastro.*

Ayer D. Ermeguncio, aquel pedante locuaz, declamador, á verme vino en punto de las diez. Si de él te acuerdas, sabrás que no tan solo es importuno, presumido, embrollon; sino que á tantas gracias añade la de ser goloso, mas que el perro de Filis. No te puedo decir con cuantas indirectas frases, y tropos elegantes y floridos, me pidió de almorzar. Cedió al encanto de su elocuencia, y vieras conducida del rústico gallego que me sirve, ancha bandeja con tazon chinesco rebosando de hirviente chocolate; (racion cumplida para tres Doctores de Salamanca) y en cristal luciente, agua que serenó barro de Andujar: tierno y sabroso pan, mucha abundancia de leves tortas y bizcochos duros, que toda absorven la porcion suave

de Soconusco, y su dureza pierden.

No con tanto placer el lobo hambriento
mira la enferma res, que en solitario
bosque perdió el pastor; como el ayuno
huesped, el don que le presento opimo.

Antes de comenzar el gran destrozo,
altos elogios hizo del fragante
aroma que la taza despedía,
del esponjoso pan, de los dorados
bollos, del plato, del mantel, del agua;
y empieza á devorar. Mas no presumas
que por eso calló; diserta y come,
engulle y grita, fatigando á un tiempo
estómago y pulmon. ¡Qué cosas dijo!
¡Cuánta doctrina acumuló, citando,
vengan al caso ó no, godos y etruscos!
Al fin, en ronca voz; — ¡Oh! edad nefanda,
vicios abominables! ¡Oh costumbres!
¡Oh corrupcion! exclama; y de camino
dos tortas se tragó. — ¡Que á tanto llegue
nuestra depravacion, y un placer solo
tantos afanes y dolor produzca
á la oprimida humanidad! Por este
sorbo llenamos de miseria y luto
la América infeliz, por él Europa,
la culta Europa, en el oriente usurpa

vastas regiones; porque puso en ellas
 naturaleza el cinamomo ardiente:
 y para que mas grato el gusto adule
 este licor, en duros eslabones
 hace gemir al atezado pueblo,
 que en Africa compró, simple y desnudo.
 ¡Oh! qué abominacion! — Dijo, y llorando
 lagrimas de dolor, se echó de un golpe
 cuanto en el hondo cangilon quedaba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa
 llanto causa tambien, de mármol eres:
 que es mucha erudicion, zelo muy puro,
 mucho prurito de censura estóica
 el de mi huesped; y este zelo, y esta
 comezon docta, es general locura
 del filosofador siglo presente.

Mas difíciles somos y atrevidos
 que nuestros padres, mas innovadores,
 pero mejores nó. Mucha doctrina,
 poca virtud. No hay picaron tramposo,
 venal, entremetido, disoluto,
 infame delator, amigo falso,
 que ya no ejerza autoridad censoria
 en la Puerta del Sol, y allí gobierne
 los Estados del mundo: las costumbres,
 los ritos y las leyes mude y quite.

Próculo, que se viste, y calza, y come
 de calumniar y de mentir, publica
 centones de moral. Névio, que puso
 pleito á su madre y la encerró por loca,
 dice que ya la autoridad paterna
 ni apoyos tiene ni vigor, y nace
 la corrupcion de aquí. Zenon, que trata
 de no pagar á su pupila el dote,
 habiéndola comido el patrimonio
 que en su mano rapaz la ley le entrega,
 dice que no hay justicia, y se conduce
 de que la probidad es nombre vano.
 Rufino que vendió por precio infame
 las gracias de su esposa, solicita
 una insignia de honor. Camilo apunta
 cien onzas, mil, á la mayor de espadas,
 en ilustres garitos disipando
 la sangre de sus pueblos infelices;
 y habla de patriotismo..... Claudio, todos
 predicán ya virtud como el hambriento
 D. Ermeguncio cuando sorbe y llora.....
 Dichoso aquel que la practica y calla.

Los pedantes.

Buscando alivio á mi salud endeble,
 me vine á guarecer en la aspereza
 de estos peñascos del ardor estivo,
 que hoy enciende á Madrid. Quietud, silencio,
 paz en el alma, soledad queria,
 frescura y sombras. Encerré con llave
 los doctos libros, que el talento ilustran,
 y el vigor al estómago destruyen.
 Holgar quise y vivir; y apenas llego
 á las orillas que fecunda el Arlas,
 coronada la sien de humildes juncos,
 inesperada pesadumbre altera
 mis honrados propósitos. ¿A dónde
 sabré ocultarme, si habitando ahora
 rústico albergue defendido en torno
 de precipicios y fragosas cumbres,
 aquí me induce á traducir mi estrella?

Pero en vano será. Como sucede
 una vez y otras muchas al cuitado
 que no tiene comercio, hacienda, casa,
 ni oficio, ni pensión, ni renta, y vive

tranquilo; en tanto que la numerosa turba á quien debe el aire que respira, se afana en perseguirle. El escribano le cita, el alguacil le acecha y busca, manda Marquina que sus deudas pague, y no las paga: al Soberano acuden, manda que pague, y su pobreza extrema privilegio le dá seguro y cierto de no pagar jamas. Yo así, fiado de la ignorancia que padezco y lloro, venerando el precepto que me impone mi generoso protector; me eximo de obedecerle. Si entender pudiese lengua que no aprendí, traduciria en culta frase de Leon y Herrera, los garabatos que del norte frio vienen al Tajo mendigando ahora glosa y comentador. O si aspirase á conseguir, sin merecerle, el nombre de poligloto y helenista insigne; amigos tengo, y con agenas plumas me presentara intrépido y soberbio, y la alquilada erudicion pudiera valerme aplauso entre la plebe osada de los pedantes, cuya ciencia es solo mentir doctrina, aparentar estudios.

Nunca, Señor, de la impostura el arte
 supe adquirir. Mucho talento anuncia,
 mucha constancia y direccion prudente,
 el acercarse de Minerva al templo.

La vida es breve: el límite se ignora
 que debió á su Hacedor la siempre varia,
 robusta en producir naturaleza.

Las artes que la imitan, aspirando
 á conseguir la perfeccion; desisten
 á su vista confusas y cobardes
 del atrevido intento. Un primor solo,
 una sola verdad, á sus alumnos
 cuesta prolijo afan: y aquel que logra
 adelantarse en la difícil via,
 á los que siguen con incierta planta
 el mismo generoso intento, adquiere
 ilustre honor que en las edades vive.

Sabio le llama el mundo, porque en una
 ciencia alcanzó lo que anhelaron muchos;
 no porque en ella al término llegase:
 que inaccesible de los hombres huye.

Solo el pedante vocinglero, hinchado
 de vanidad y ponzoñosa envidia,
 todo lo sabe. En el café gobierna
 los imperios del orbe, y mientras bebe
 diez copas de licor, sorprende, asalta,
 gana de Gibraltar el puerto y muro.

Consultadle, Señor, vereis que pronto
 cubriendo el mar de naves españolas,
 sin fatiga, sin gasto, á Irlanda ocupa,
 y los tesoros de Jamáica os pone
 en la calle mayor. ¿Quereis oirle
 por tres horas no mas? Latin, tudesco,
 arabe, griego, mejicano, y chino,
 cuantos idiomas hay, cuantos pudiera
 haber, los sabe. Erudicion, historia,
 náutica, esgrima, metalurgia y leyes:
 en todo es superior, único y solo.
 Poco estima á Mozart: nota con ceño
 que Cimarosa en tal ó tal motivo
 no estuvo muy feliz. Habla y decide
 en materia de escorzos y contrastes,
 tonos de luz, degradacion de tintas,
 pliegues y grupos. Convulsion padece
 con el silabizar de Garcilaso,
 ¡tan delicado tímpano es el suyo!
 Las faltas ve de propiedad y estilo
 en que se deslizó la mal tajada
 péñola de Cervantes..... Vive, insigne
 honor y gloria de la edad presente,
 para instruccion comun: esplendorosa
 lámpara, no te apagues. Yo, que admiro
 la vasta enciclopédica doctrina,
 que ostentas en banquetes clamorosos;

no te la sé envidiar: y si consigo
 que alguna vez mi rudo verso escuche
 aquel que alivia el grave peso á Cárlos
 en la dominacion de tanto imperio,
 á mas no aspira mi talento humilde.

La moderna gerigonza.

¿Quieres casarte, Andres? ¿O te propones
á mi dictámen acceder sumiso?

¿Tan docil es tu amor? ¿O tan dudoso
el mérito será de tu futura

Doña Gregoria, que el quererla mucho,
ó no quererla, de mi voz depende?

En fin, si mi opinion saber deseas,
te la diré; pero el asunto es grave
y toca en la moral filosofía,
no se diga de mí, que en delicadas
materias uso de pedestre estilo
y frase popular. Tú, que las noches
pasas leyendo la moderna solfa
de nuestros cisnes, y por ella olvidas
de Lope y Laso la diction, escucha:
que en la misiva que á copiarte empiezo,
mi dictámen te doy, no te conjuro.

»Si tus abriles, bonancibles años,
»que meció cuna en menear dormido,
»del bostezante sueñecito umbrátil;
»huyen, y huyendo, amigo Andres, no tornan:
»¿qué nube de esperanzas y deseos

»te halaga enderredor? ¡Ay! teme, teme
 »letargoso placer, velar cargoso,
 »y rugosa inquietud que á par te cercan.
 »Entra, amigo, en tí mismo; ó si te place,
 »huye dentro de tí: consulta un rato
 »la sensatez en lóbrego silencio,
 »y hondamente exclamante ella te aleje
 »de la deshermandad desamistada,
 »que los cuidados cárdenos profusa.
 »Presto será que el pestilente soplo
 »del ejemplo mortal de un mundo infecto,
 »arideciendo el alma infructuosa,
 »sin esperanza la semilla ahogue
 »que natura plantó: ni el freno triste,
 »ni el helado compas de la prudencia,
 »su vividor herbir harán que cese.
 »Todo al tiempo sucumbe: el cedro añoso,
 »la docil caña, en gratitud riendo
 »dulce; como de leve niebla umbría
 »el insensato orgullo. Infortunado
 »clima aridece ya con sus heladas
 »crujientes pesadumbres y fraguras,
 »el númen imbernal: llegan las horas
 »de hielo y luto, y se empavesa el cielo.
 »Salud, lúgubres días, horrorosos
 »aquilones, salud; que ya se cubre
 »selvosa soledad de nieve fria,

» y el alto sol mirándola se embebe,
 » Abrego silbador, cierzo bramante,
 » ya la tormenta excitan borrascosa:
 » Soplan el soplo de venganza, y nubes
 » oscuras en los vientos cabalgando,
 » bañan y abisman los tranquilos surcos.
 » Empero ley primaveral que vuelve,
 » dócil se presta al oreante soplo
 » del aura matinal: cuanto es só el cielo,
 » todo anuncia placer: la etérea playa
 » velada en esplendor, colma la selva
 » de profusion fragante, los soplillos
 » del favonio y el *bée* de las simplillas
 » corderas, que yerbilla pastan verde.
 » ¡Oh coronilla! á tí tambien te veo,
 » y la sien de la espiga; aunque levante
 » el abrojo su frente ignominiosa.
 » Las fuentes, los arroyos saltadores,
 » sierpes de nacar, con albores giran;
 » forman torcidas calles, y jugando
 » con las flores, se van. Canta el pardillo
 » y ledo mira al sol, vuela y se posa,
 » y al vislumbrar de la modesta luna,
 » le responde la eco solitaria.
 » La estacion estival en pos se sigue,
 » y el agosto abrasado ahoga las flores
 » con ardor descollante. Palidece

» el musgoso verdor, oigo quejarse
 » en seco son el vértigo del polvo;
 » y lo que por do quier bañado en vida
 » el zéfiro halagaba, extinto yace.
 » El sol en su hosquedad desjuga el suelo,
 » y mientras amiga la espigosa Ceres
 » con la pecha del trigo desuraña
 » al cultor fatigado, los umbrosos
 » frescores el postrer aliento rien.
 » Luego con sus guirnaldas pampanosas
 » octubre empampanado, en calma frente,
 » la alegría otoñal nos dá que vuelva:
 » á la esperanza la corona el goce,
 » y la balanza justa al sol voluble
 » ya le aprisiona en sus palacios frescos.
 » Zefirillo tal vez enamorado
 » de alguna poma, bate el ala, y llega,
 » y la besa, y la deja, y torna, y mece
 » las hojitas, y bulle, y gira, y para,
 » y huye, y torna á mecer..... Dejad que ciña
 » la temulenta sien, ¡oh, ninfas blondas!
 » Mil veces Evohé..... cien copas pido,
 » y en pos, y apar, y cabe mí colmadlas,
 » y otras ciento me dad..... Así natura,
 » las leyes exorables acatando,
 » próvida el perenal destino sigue,
 » engranando los seres con los seres;

» que unos de otros en pos, en rauda marcha,
 » crecen, y llegan, y los tragan, y huyen.
 » ¡Ay! amigo hermanal! cauto desoye
 » luengos transportes y cobarde miedo,
 » que á la infantina juventud apena.
 » Se alejan ya los intornables dias,
 » tremolando el terror. Ocia; si es dado;
 » no quieras zozobrar en el arrollo,
 » con los reverses reluchando indócil.
 » ¿Ves la rueda insociable de fortuna
 » resaltar vacilante, en rechinido,
 » y agudo retiñir? ¿y como torba
 » la insaciabilidad del oro insomne,
 » la avaricia clavó dentro del pecho?
 » ¿Ves la envidia voraz? ¿ves la perfidia,
 » riendo muertes, profusar protervias,
 » y el puñal del desprecio, la ponzoña
 » de la doblez, los hielos del olvido,
 » que la alma fuente del sentir cegaron?
 » Heme en fin junto á tí: que ya te tiendo
 » un brazo de salud. ¡Ay! no disocias
 » á la fiel confianza de tu frente.
 » Con el destino escuda la dureza,
 » y flecha tu interior con las memorias.
 » No el díscolo interés soplando estéril,
 » impida de tu pecho al golfo umbrío,
 » que en claridad lumbrosa se desnuble.

» El hombre es solo quien guarnece al hombre,
 » mi buen Andres. No marques en oprobio
 » tu vivir breve: al sexual cariño
 » el brutal apetito rinda el cetro,
 » y cubre con tu mano tu deshonra.
 » Que en cuanto vieres navegar los astros,
 » verás, ¡ay! ay! ay! ay! que es llanto el gozo:
 » que las pasiones para siempre yacen.
 » Yacen, sí, yacen; á la tumba lleva
 » el frio de el no ser: entre horfandades
 » pasea en espectáculo profundo
 » la muerte el carro, y propiciar no puede
 » mas el mortal que suspirar deseos.”

¿Me has entendido Andres? Si reconoces
 que de tan inhumana gerigonza
 nada se entiende, y te quedaste á oscuras;
 quema tus libros y renuncia al pacto,
 y hasta que aprecies el hablar castizo
 de tus abuelos, solteron te queda:
 y que Doña Gregoria determine
 lo que la esté mejor. Si mi discurso,
 enfático, dogmático, trifauce
 te ha parecido bien, y en él admiras
 repetido el primor de tus modelos;
 no te detengas: cástate esta noche,
 y larga sucesion te den las Furias.

ROMANCES JOCOSOS.

Mas vale callar.

¿Qué será que habiendo sido
 la Musa que tanto honrais,
 en obedeceros pronta,
 con sumisa voluntad;
 hoy tan perezosa esté,
 que no me quiere inspirar
 los versos que me pedís,
 si cuando pedís, mandais?

¿Acaso pudo el deseo
 de complaceros faltar,
 ó acabaron los calores
 con su vena perenal?

¿O fatigada tal vez,
 de traducir y firmar,
 tiempo la falta y humor
 para ser original?

Y en tanto, á mí se me acusa
 de indolente y holgazan:

ella se abanica y rie,
yo me apuro, y vos instais.

¿Qué la cuesta en libres versos
maldecir y murmurar,
sátiras dictando alegres,
llenas de pimienta y sal?

¿Acaso la edad presente
tan corta materia dá?

¿Tan leves son nuestros vicios?

¿Tan pocas locuras hay?

Si la mandara fingir,
y con astucia falaz
aplaudir los desaciertos,
los delitos adorar:

yo el primero disculpára
su silencio pertinaz:

que es mejor, cuando el asunto
obliga á mentir, callar.

Pero si quereis que solo
dicte sátira mordaz:

¿no es decirla claramente,
Musa, dinos la verdad?